industrias es muy importante y contribuye en alto grado al bienestar del pueblo; pero también lo es que la felicidad popular estriba principalmente en el desarrollo del derecho, de la moral y de las buenas costumbres. Nada importa que se construyan templos gigantes ó se hagan maravillas de escultura, si las masas populares viven postradas y sacrificadas, en el seno de una sociedad servil y despreciable.

Ahora bien, uno de los rasgos distintivos del imperio azteca, á la llegada de los españoles, consistía precisamente en el absoluto menosprecio por él profesado al individuo y al pueblo, y en la incontrastable omnipotencia concedida al poder público sobre la gran masa social. De tan opuestos extremos, de esa tiranía y de esa postración, nacía naturalmente el envilecimiento del mayor número.

II (1).

A pesar de la brillante descripción que hace Clavijero de la constitución física del indio, pintándole bien formado, fuerte y casi hermoso, la verdad es que los mexicanos eran endebles por organización ó por mal alimentados. El Conquistador Anónimo llega á decir que «eran la gente que comía menos de cuantas había en el mundo;» de donde resultaba, según Zurita, que seis trabajadores indios no pudiesen hacer la labor de un solo español.

Aquellas naturalezas empobrecidas por la ina-

(1) La mayor parte de los datos y noticias á que se hace alusión en este capítulo, está tomada de «*Los Antiguos Mexicanos*» de Herbert Spencer, versión española de los hermanos D. Daniel y D. Jenaro García.

nición, aumentaban su flaqueza por una multitud de prácticas cruentas, circuncisiones y mutilaciones religiosas, castigos bárbaros y extrañas curaciones con efusión de sangre; de suerte que la escasa que les proporcionaban el atole, el chile, los frijoles y la tortilla de maíz, estaba á la merced de cualquier rito, castigo ó medicina, para salir de sus vasos descoloridos. Se puede tener alguna idea de la prodigalidad que mostraban para verterla, recordando que á los niños mismos, por vía de corrección, les punzaban el cuerpo con espinas de maguey, los azotaban con ortigas y hasta los mataban en ciertas ocasiones (1).

Mas á pesar de su postración física, profesaban los indios la mayor intemperancia en materia amorosa. Refiere Gomara que en Pánuco los hombres compraban á las mujeres por un arco, una flecha y una red, y que en México podían divorciarse probando que la esposa era mala, sucia y esteril. Clavijero atesta que los reyes y señores tenían muchas mujeres, y Francisco de Bolonia, que algunos poseían más de ochocientas. Según Torquemada, un solo rey de Texcoco engendró ciento cincuenta hijos, y Moctezuma llegó á ver ciento cincuenta de sus mujeres en cinta al mismo tiempo (2).

Aunque los misioneros se esforzaron en sus historias por pintar á los mexicanos altamente sobrios, casi abstemios por lo que á la bebida se refiere, surgen de fuentes respetables, indicios numerosos por donde podría sospecharse que los piadosos cronistas hubiesen procurado en esto, como en otras muchas cosas, echar un

(1) Obras Completas de Pimentel, tomo III, página 43.
(2) Obras Completas de Pimentel, tomo III, página 41.

velo sobre la verdad, para evitar el escándalo y alcanzar la reforma y el arrepentimiento de sus neófitos. Sahagún, con todo, refiere, que no consideraban pecado lo que hacían durante la borrachera, y se embriagaban para hacer lo que querían y escapar al castigo. Bernal Díaz del Castillo asevera que eran afectos al vicio de la bebida hasta un grado tal, que los habitantes de Pánuco se embriagaban por medio de tubos, por conductos inusitados; *torpeza nunca oída*, termina el sencillo historiador. El Conquistador Anónimo afirma que bebían pulque con tanto exceso, que no paraban hasta no caer como muertos, y que tenían á grande honor beber y embriagarse mucho. Los mismos consejos que daba al pueblo el rey en el acto de su coronación, manifiestan á las claras la extensión que el vicio había alcanzado en Anáhuac: «Lo que principalmente os encomiendo, decía el monarca, es que no bebáis vino, porque es como narcótico que saca al hombre de juicio, de lo cual mucho se apartaron y temieron los viejos y viejas (esto es, los antiguos) y lo tuvieron por cosa muy aborrecible y asquerosa (1).»

Lógico es, en efecto, pensar que, si era tratado el asunto por el rey mismo hasta en ocasión tan solemne, haya sido por las proporciones alarmantes que hubiese adquirido aquella inclinación en las masas populares. Para nosotros es verosímil que el pulque haya sido una de las causas más poderosas de la decadencia física y moral del pueblo azteca, aun antes de la conquista. Así que la linda Xochitl, en vez de merecer poemas y estatuas, mereciera ser quemada en efigie.

(1) Obras Completas de Pimentel, tomo III, página 13.

Los espíritus encerrados en aquellos cuerpos macilentos, debilitados por los goces sexuales y calenturientos por la bebida, vivían, como era de rúbrica, perpétuamente asaltados por temores pueriles compañeros del neurosismo. El graznido del buho era señal de muerte para los mexicanos; un conejo ó una comadreja dentro de las habitaciones, presagiaba asalto de bandidos; un hormiguero dentro de un aposento, indicaba persecución para los dueños de la casa; cuando una mujer daba á luz gemelos, era preciso matar á uno de los niños, para evitar la muerte del padre ó de la madre (1).

Para colmo de miseria, apenas si se vestían. Los hombres, según Clavijero, llevaban simplemente un cendal á la mitad del cuerpo y una manta á la espalda; las mujeres se envolvían las piernas en una tela corta y echaban sobre sus hombros una camisa sin mangas. Solamente al rey y á los grandes señores les era lícito cubrir sus carnes más cuidadosamente. Los sacerdotes en sus ceremonias más conspícuas, se tiznaban el cuerpo con carbón de animales ponzoñosos, quemados, molidos y mezclados con grasa.

Altivos señores se encargaban de regir aquellos rebaños humanos. Los prisioneros de guerra pasaban de la esclavitud á la muerte: los padres vendían á sus hijos; y hombres y mujeres solían venderse como esclavos á sí mismos. La población agrícola se dividía en *calpulis*, *tecaleques* y *mayeques*. Los primeros ejecutaban trabajos en las propiedades del soberano y de sus señores; los segundos servían á los nobles, en torno de cuyas casas vivían; y los terceros, siervos del

(1) Obra citada, tomo III, página 30.

terruño, compartían con sus señores el producto de sus cosechas y cultivaban las posesiones reales por cuenta de sus amos. Puede decirse, por tanto, que todos los mexicanos, con excepción del rey y de la nobleza, eran más ó menos esclavos.

Los deudores, según Torquemada, eran encarcelados por deudas, y había tribunales especiales para juzgar á nobles ó plebeyos. Las leyes penales eran draconianas; casi todos los delitos se castigaban con pena de muerte. El adulterio, el asesinato, el escándalo, el incesto, la usurpación de las insignias reales, la simple remoción de mojoneras, la conspiración, el maltrato á los embajadores, el hurto de oro ó plata, y hasta el mero uso de una manta tan larga que llegase á los pies, merecían la pena de muerte.

En aquella sociedad inconexa é irreductible, la anarquía era el estado permanente. «En Anáhuac, dice Orozco y Berra, las tribus carecían de lazo común; cada una de ellas era independiente, bajo el gobierno de sus señores. Las ambiciones particulares encendían la guerra, y aun las mismas familias se dividían. Cada población tenía su jefe nominal, y todas las provincias aspiraban á separarse entre sí. Odios y rencores marcaban abismos entre las tribus y producían la guerra perpetua. Los mexicanos trataron de unirlas en una sola nación; pero la unificación que perseguían, hundió á aquellas míseras gentes en el más terrible despotismo. El imperio fué demasiado nuevo para hacer otra cosa que esclavizar. En lugar de amigos, tuvo secretos enemigos: y su grandeza fué una ilusión. En esta sazón llegaron los españoles, y la conquista se efectuó por un puñado de hombres.»

La humillación de los plebeyos era una institución nacional. Según Durán, la gente del pueblo no podía, bajo pena capital, entrar en los palacios, sino para prestar sus personales servicios. Unicamente el rey, los hombres distinguidos y los más notables caballeros usaban calzado; los demás no estaban autorizados para llevarlo, bajo pena también de muerte. Los pleitos de los pobres eran vistos y sentenciados en sitios humildes. Cuando alguno iba á saludar al rey, llevábale flores y presentes; y Moctezuma, según Durán, no se comunicaba con nadie, sino por medio de intérprete, á quien hablaba en voz baja y grave, moviendo apenas los labios. Moctezuma II ordenó que ninguno le sirviera, excepto los nobles, y se hizo respetar hasta un punto tal, que fué casi adoración. Ningún plebeyo podía mirarle el rostro, y perdía la vida el que lo hacía. Nunca ponía los pies en el suelo; era llevado en andas por los nobles, y al bajar, andaba sobre alfombras. Cuando viajaba, nadie podía ir por donde él iba; los otros viandantes se replegaban hacia los lados del camino. Según Cortés, cuando Moctezuma salía á la calle, lo que era extraordinario, todos cuantos le encontraban, volvían el rostro á otra parte para no verle, ó se postraban por tierra mientras pasaba, como lo hacen ahora los chinos y los japoneses con sus emperadores amarillos.

Las leyes suntuarias eran injustas y severísimas. Refiere Clavijero que el pueblo no podía usar mantas largas ni de algodón, ni construir casas de dos pisos, ni chozas puntiagudas, planas ó redondas, bajo pena de muerte; ni llevar adornos de oro ó piedras preciosas, ó siquiera de hueso ó madera, en labios, orejas ó narices, ni aros de oro en los brazos, ó ajorcas ó cascabeles en los

tobillos, ni guirnaldas ó cintas de oro con plumas en torno de la cabeza. La severidad de esa legislación seguía á los pobres hasta sus hogares, no permitiéndoles tener sino vajillas de barro común, y prohibiéndoles usarlas de materia preciosa.

Por esta senda de odiosos privilegios y de menosprecio á las clases proletarias, llegó bien pronto el soberano, como lo insinuamos arriba, á ser respetado y temido casi al igual de un dios. «Estos reyes, decía el Conquistador Anónimo, son tan temidos y obedecidos, que sólo falta adorarlos como á dioses.» Y observa Durán, que en la elección de Huitzilihuitl, los jefes recomendáronlo al pueblo como al semejante de Huitzilopochtli, y le ungieron con el mismo betún con que embadurnaban la estatua de este ídolo.

Las exequias de los reyes eran señaladas por actos espantosos.—Los señores tenían un sacerdote ó capellán para celebrar las ceremonias domésticas. Cuando moría el señor, era inmolado el capellán para que le siguiese sirviendo en ultratumba; y eran sacrificados de igual modo el maestresala, el copero, los corcovados y los hermanos que le habían rodeado en vida, para que les pusieran casa en el otro mundo. Así lo dice Herrera.—Agrega Clavijero, que, cuando moría el monarca, era quemado su cadáver juntamente con sus vestiduras, armas é insignias, en tanto que en las extremidades de las escaleras del templo, era inmolado gran número de sus esclavos. —Al quinto día de fallecido el amo, según el mismo autor, eran sacrificados otros de sus esclavos, y seguían repitiéndose los sacrificios en los días vigésimo, cuadragésimo, sexagésimo y octogésimo.—Francisco de Bolonia relata que cuando algún jefe se sentía próximo á la muerte, escogía dos de sus concubinas y uno de sus hijos predilectos para que le acompañasen en la otra vida. Al fallecer, era embalsamado, vestido, adornado y sentado en una cripta construida al efecto, con una concubina á la derecha, otra á la izquierda y el niño á los pies. Después de esto, se tapiaba la puerta, y las mujeres y el niño morían asfixiados.—Según Durán, los caballeros águilas celebraban la fiesta del sol inmolando un indio pintado de rojo, con el fin de enviarlo al sol para decirle que sus caballeros continuaban sirviéndole y le vivían muy obligados por los grandes favores que les había hecho en la guerra.

Para completar dibujo tan triste, no niega la historia indígena una última pincelada diabólica á ese cuadro de dolores y miserias. Como si fuesen pocas y llevaderas las penas de aquellos infelices, la inmolación constante y en masa de sus débiles, anémicos y desangrados organismos, remataba artísticamente su vida, como un golpe de orquesta al fin de un *crescendo* lúgubre.

Refiere Herrera que, siempre que los sacerdotes lo juzgaban conveniente, se dirigían al monarca para recordarle que los ídolos tenían hambre. ¡Hambre de corazones humanos! Los príncipes, en tan grave caso, se reunían y conferenciaban para proveer lo necesario sobre el particular, y acababan decidiendo hacer la guerra, y la llevaban en efecto, á los pueblos débiles comarcanos, de quienes no habían recibido injuria, sólo para proporcionar pasto á sus dioses. Y saliendo al combate, procuraban no matar á los vencidos, para tener víctimas á quienes sacrificar más tarde con ritos espeluznantes.

Moctezuma dijo á Cortés que, aunque le hu-

biera sido sencillo subyugar á los tlaxcaltecas, bien se había guardado de ello para conservar esa provisión de gente sacrificable.

Los dioses de la lluvia, según Torquemada, eran de gusto más exquisito que el de la guerra, pues no se contentaban con los corazones impuros de los prisioneros, que satisfacían á Huitzilopochtli; sino reclamaban tiernos é inocentes corazoncitos de niños de noble estirpe. Y la piedad azteca no les negaba ese placer delicado.

Narra Bernal Díaz del Castillo que, según el cómputo de los franciscanos, dos mil quinientas personas eran sacrificadas en México anualmente á esa monstruosa superstición, y Herrera agrega que la cifra anual de las víctimas humanas en México y las otras ciudades del lago, ascendía á veces á cinco, y hubo ocasión que llegase á veinte mil.

Espanto mezclado de repugnancia inspira el conocimiento de la forma en que se llevaba á cabo el rito sanguinario. Los detalles que da Clavijero á este propósito, son capaces de crispar los nervios de los más linfáticos é indolentes. El sacerdote, armado con filoso cuchillo de obsidiana, abría el pecho de la víctima, le arrancaba el corazón, y, aun palpitante esta entraña, la ofrecía al sol y la arrojaba á los pies del ídolo. En seguida, volvía á levantarla, hacía con ella una última oblación, y para concluir, la quemaba y guardaba con veneración sus cenizas. Cuando lo permitía el tamaño del ídolo, era costumbre introducírsela por la boca con una cuchara de oro, y ungir después con sangre los labios de la estátua. Con ella también eran untadas las cornisas del santuario.

¡Sangre y más sangre! Muñoz Camargo refiere que, una vez quemado el cadáver del señor,

eran recogidas cuidadosamente sus cenizas y que, amasadas con sangre, proporcionaban una pasta horrible con que se hacían figurillas que guardaban las familias como precioso recuerdo del difunto.

Una vez puestos en aquella horrible pendiente, llegaron los indígenas á los excesos más atroces de que han dado ejemplo los pueblos. Dice el Conquistador Anónimo que hubo tiempo en que al fin de grandes guerras, devoraban los mexicanos á todos los prisioneros. Según Clavijero, cuando era sacrificado alguno de ellos, se le decapitaba para conservar su cráneo, y el mutilado cadáver era arrojado por las escaleras del templo hasta el suelo, donde era recogido por el hombre de armas á quien pertenecía; y éste le llevaba á su casa, donde le hacía cocer y aderezar, para saborearlo después en alegre banquete. Los otomíes no lo hacían así; pero despedazaban el cuerpo, y, hecho cuartos, lo vendían en el mercado. El verídico Bernal Díaz del Castillo asevera que los indios comían carne humana como nosotros la de reses, y que tenían grandes jaulas de madera donde engordaban hombres, mujeres y niños para sacrificios y comilonas.

La lúgubre imaginación de aquel pueblo ávido de sangre y saturado de horror, no dejaba en paz ni los mismos cadáveres. Las murallas que rodeaban los templos, tenían como adorno y distintivo canillas, cráneos y calaveras. Muros había exclusivamente formados por esas espantosas reliquias.

Bajo aquel sistema de intimidación y de espanto, dada la degradación sistemática de los plebeyos y la tiranía de reyes, nobles y caciques, y bajo el influjo deletéreo del desprecio á la vida

humana y el amor al derramamiento de sangre en casas y templos, por motivos religiosos, políticos ó educativos: no hay que extrañar que el carácter de aquellas razas enflaquecidas y exangües se haya empequeñecido, disuelto y evaporado como esencia sutil en pleno y recio viento.

Decía Fr. Pedro de Gante que el peor rasgo del carácter de los indios era la bajeza; y que no emprendían ellos nada sino obligados por el maltrato. Zurita agrega no haber visto á ninguno que conservase memoria de alguna injuria recibida; y que los indios, llenos de humildad, obedecían á todo el mundo, y sólo conocían el trabajo y la sumisión.

El Sr. Fuenleal aseguraba á Carlos V que los plebeyos *(macehuales)* eran tan sumisos, que sufrían sin quejarse ser muertos ó vendidos.—El P. Acosta decía que tanto era el imperio de los caciques sobre los indios, y tanta la sumisión de éstos, que preferían morir á desagradarles á aquellos; de suerte que los caciques abusaban de los *macehuales* de un modo odioso con estafas, violencias y estorsiones.—Humboldt escribió que, cuando los españoles hicieron la conquista, encontraron ya al pueblo mexicano en aquel estado de abyección que acompaña al despotimo y á la feudalidad. El emperador, los príncipes, los nobles y el clero poseían lo mejor de la tierra; los caciques oprimían al pueblo; el cultivador era envilecido; pululaban los pordioseros por los caminos; y los hombres, por falta de acémilas, hacían el papel de bestias de carga.

Aquella bajeza encarnada en las costumbres y convertida en segunda naturaleza, era tan honda, que pervertía la imaginación de los nativos hasta en sus concepciones de ultratumba. Según

Torquemada, citado por Pimentel, los tlaxcaltecas creían que las almas de los nobles se convertían en nieblas, pájaros ó piedras preciosas, mientras que las de los plebeyos se trocaban en animales viles.

Observa Pimentel, con sobra de razón á este propósito, que si el idioma es fiel trasunto del carácter de los pueblos, las lenguas de los indios muestran el vergonzoso servilismo en que habían éstos caído. Hay en el idioma azteca un modo particular de hablar con las personas de elevada condición, el cual se aplica no sólo á ellas mismas, sino también á las cosas que les atañen; de tal suerte que los nombres, pronombres, verbos, preposiciones y adverbios tienen terminaciones reverenciales, propias para dirigirse á los próceres. En el otomí, en el pirinda y en otros idiomas de Anáhuac, obsérvanse también partículas especialmente consagradas á expresar humildad y sumisión. El zapoteco tiene un pronombre particular destinado á los superiores. «Pero, dice el mismo autor, donde llega al colmo la expresión del servilismo, es en el mizteco, el cual, entre otras formas de dicción, tiene un vocabulario *ad hoc* para la conversación con los grandes señores, á fin de manifestarles respeto. De suerte que las cosas pertenecientes á un noble, se dicen de una manera, y de otra, las pertenecientes á los plebeyos (1).»

Es este en la lengua humana, uno de los casos más singulares y característicos de sumisión incondicional y absoluta de todo un pueblo, observado por la historia; sumisión convertida, de

(1) Los japoneses tienen también en su idiema una forma de dicción humilde y reverente para hablar con los superiores, semejante á ésta.—Véase el artículo *Japan* de la *British Encyclopaedia*.

institución política, en modo de ser íntimo y radical de la masa proletaria. Esa abyección fué tanto más profunda é irremediable, cuanto que había arraigado en los espíritus y estaba consagrada por las funciones mismas del alma nacional. Es de creerse que aquellas gentes que se doblegaban material y psíquicamente ante sus amos, tenían las diferencias de clases como cosa natural y preestablecida, semejante al calor y al frío, á la luz y á la obscuridad; como algo que dimanaba de la constitución íntima de los seres, como una regla incontrastable de la naturaleza.

No sabemos si los parias de la India tendrán vocabulario tan humilde como esos; pero consta sí que los ilotas de Esparta y los esclavos de Roma nunca llegaron á tal estado de envilecimiento.

Mientras el alma no se doblega y el pensamiento no se corrompe, aun puede aguardarse una reacción enérgica en los resortes íntimos de la conciencia, que termine con la redención de los oprimidos. Pero cuando las fuuciones mismas del espíritu se doblegan ante los hechos brutales y aceptan la dura ley de la tiranía, no hay ya la más leve esperanza de una evolución salvadora.

II

Tal era la situación política y social en que se hallaba el Anáhuac, cuando, procedente de las regiones orientales y dando cuerpo á los sueños y supersticiones de Moctezuma, aportó Cortés á estas vírgenes comarcas al frente de algunos aventureros armados de hierro, cabalgando extraños

y nunca vistos animales y lanzando rayos, como hijos de Júpiter.

Dícese que el Valle de México contaba por entonces de ocho á diez millones de habitantes. Eso no obstante, aquellos extranjeros, valiéndose de la fuerza y de la astucia, lograron en poco tiempo echar por tierra el vasto imperio de Moctezuma, acabar con la nacionalidad mexicana y apoderarse no sólo del territorio de Anáhuac, sino también de otros señoríos y cacicazgos extensos y remotos.

Visible era en verdad la superioridad de los conquistadores sobre los incautos aborígenes. Dimanaba en parte de la pólvora, del hierro y del caballo, que los convertían en semidioses tonantes, exterminadores é invulnerables, y en parte de sus artes y astucias inventadas y sutilizadas en el mundo occidental, las cuales los elevaban psicológicamente sobre los indígenas, tanto como puede elevarse un arcángel sobre un hombre. Con todo, si el imperio azteca hubiese tenido suficiente cohesión, si no hubiese sido tan abrumadora la tiranía que pesaba sobre él, si no hubieran existido aquellas hondas rivalidades que separaban entre sí nación y nación, tribu y tribu y pueblo y pueblo, y, sobre todo, si el régimen opresor y degradante que pesaba sobre el país, hubiese dejado algo más de nervio en el carácter de los indios; habría sido imposible que novecientos europeos hubiesen logrado sojuzgar tan apretado conjunto de gentes y burlarse de tanto poderío oficial y de tan ostentoso despliegue de nativa grandeza.

A no ser por lo causa apuntada, no se explicaría satisfactoriamente que aquellas enormes masas de hombres se hubiesen dejado sujetar y